

# ALBERT RIVERA

*Un ciudadano libre*



# Índice

[Portada](#)

[Sinopsis](#)

[Dedicatoria](#)

[NOTA DEL AUTOR](#)

[ESTA ES MI HISTORIA](#)

[1. EL ADIÓS](#)

[2. LOS MÍOS](#)

[3. EMPEZAR DE CERO](#)

[4. DEL PARLAMENT AL CONGRESO](#)

[5. EL VALOR DEL LIDERAZGO](#)

[6. ¿EL HOMBRE DEL IBEX?](#)

[7. UN LIBERAL ENTRE LAS DOS ESPAÑAS](#)

[8. ADVERSARIOS, ENEMIGOS Y AMIGOS](#)

[9. PACTAR ES SOLO PARA VALIENTES](#)

[10. BAJO LOS FOCOS Y EN LAS REDES](#)

[11. LA AMENAZA NACIONALISTA](#)

[12. GOLPE A LA DEMOCRACIA](#)

[13. LES RESPETO, LES ADMIRO](#)

[14. VENEZUELA Y LA LIBERTAD](#)

[15. LA ESPAÑA Y EL MUNDO QUE VIENEN](#)

[16. A PARTIR DE AHORA](#)

[Créditos](#)

El 11 de noviembre de 2019 Albert Rivera comunicaba su decisión de abandonar la presidencia de Ciudadanos, su escaño en el Congreso y su carrera política. Los malos resultados obtenidos en las elecciones generales le impulsaron a dar un drástico cambio de rumbo a su vida. Este libro es el resultado de un proceso íntimo de balance político y humano tras una década en la primera fila política. Honestidad y sinceridad son los valores que imperan en estas páginas, una combinación de recuerdos, experiencias vividas y no contadas, emociones y reflexiones sobre España.

*A los que quiero,  
a los que me quieren.*

## NOTA DEL AUTOR

Terminé de escribir este libro un mes y medio antes de que se declarara el estado de alarma en España por la pandemia de la COVID-19. La editorial y yo decidimos que, ante los terribles acontecimientos que estaban golpeando al país, lo más sensato era retrasar la publicación hasta el otoño de 2020. Lo sucedido en los últimos meses ha transformado radicalmente nuestras vidas, y las consecuencias — sociales, económicas y políticas— que la pandemia tendrá en todo el mundo aún son difíciles de valorar. Hablo de ello con más detalle en el capítulo 15 («La España y el mundo que vienen»), que es el único que he modificado.

**ESTA ES MI HISTORIA** No es el crítico el que importa, ni el que señala cómo el otro tropezó o cómo el que hace las cosas podría haberlas hecho mejor. El mérito es de quien está realmente en la arena, con el rostro desfigurado por el polvo y el sudor y la sangre; quien se esfuerza valientemente; el que yerra, el que se queda corto una y otra vez porque no hay esfuerzo sin error ni deficiencias, pero que realmente intenta hacer lo que hay que hacer; el que conoce los grandes entusiasmos, las grandes devociones; el que se empeña en

**una causa digna; el que, en el mejor caso, conoce al final el triunfo del gran logro, y en el peor de los casos, si fracasa, al menos lo hace habiéndose atrevido, de modo que su lugar nunca estará con las almas frías y tímidas que no conocen ni la derrota ni la victoria.**

THEODORE ROOSEVELT (La Sorbona, 23 de abril de 1910) Decidí escribir este libro pocas semanas después de mi adiós a la política. Y lo he hecho por tres motivos distintos. El primero, porque es una necesidad personal y humana. Para continuar con mi vida y retomar el rumbo después de más de una década en la arena, siento que debo ponerle punto y final a ese intenso capítulo recuperando los momentos más importantes que viví y haciendo balance de lo bueno y de lo malo que aprendí estando en la primera línea de la política española. El segundo, porque siento que tengo una deuda pendiente con los más de cuatro millones de españoles que confiaron en mí. Ellos me dieron la posibilidad de representar al pueblo español y quiero contarles cuáles fueron los valores que guiaron mis actuaciones, las decisiones que tomé en cada momento y por qué decidí abandonar de la noche a la mañana la presidencia de Ciudadanos, el escaño que me confiaron en el Congreso y desaparecer de la escena pública. Y, finalmente, lo escribo porque quiero que mi experiencia, mis aprendizajes y mis reflexiones, ahora que he abandonado la política, puedan ser útiles a aquellos que tengan que servir a España y a cualquier ciudadano que tenga interés por la reciente historia política de nuestro país.

Este no es un libro de memorias, no es una biografía, ni un legado político, tampoco una crónica parlamentaria. Ni mucho menos, un ajuste de cuentas con nadie; ni me apeetece hacerlo ni aportaría nada. En realidad, es una compilación de varias cosas a la vez: de información no contada hasta hoy, de sensaciones y percepciones que ahora sí puedo compartir y de reflexiones con un ojo puesto en la experiencia de los años vividos y el otro mirando al futuro de la España y el mundo que vienen.

Como creo que la vida son instantes y no todos tienen la misma influencia y relevancia, no he querido escribir una obra cronológica y plana, sino en forma de capítulos que tratan asuntos muy distintos. Desde cómo y cuándo se empezó a gestar mi despedida, cuáles son mis orígenes familiares y mis valores, cómo viví la amenaza nacionalista y el golpe a la democracia en mi tierra, la relación con los medios, las redes y el *establishment* económico, hasta las personalidades que he conocido por el camino y mi relación con los demás líderes políticos.

Cuando un expolítico publica un libro, se le suele preguntar por qué lo hace en ese momento. En mi caso la pregunta también es pertinente. Porque mientras estás negociando asuntos de Estado, enfrentándote a otros rivales en elecciones, atendiendo cada día a los medios y a la vez gestionando un proyecto con treinta mil afiliados y más de cuatro millones de votantes, la responsabilidad no te permite tener la libertad ni la perspectiva que tengo ahora que estoy fuera. Hoy me puedo permitir más autocrítica, hacerme más preguntas y admitir muchas más dudas. Solo desde el abandono de esa coraza de protección que se pone uno cuando batalla en la arena, se puede conseguir un libro de contrastes como este.

Por último, puedo decir que he escrito estas páginas habiendo recuperado mi felicidad. Me comprometí conmigo mismo a estar en política para disfrutar representando a los españoles y para aprender del camino recorrido, no solo

para sufrir. Sabía que podría llegar un día en el que dejara de ser feliz. Y cuando llegó, paradójicamente, un mal resultado electoral me permitió partir e iniciar un nuevo viaje personal y profesional, más lejos del ruido y más cerca de los míos. No ha sido sencillo, pero lo he logrado y lo he querido contar.

# 1

## EL ADIÓS

Son cerca de las doce del mediodía del 11 de noviembre de 2019. Tan solo han transcurrido unas horas desde que las elecciones generales han dejado un mapa político nacional más fragmentado y polarizado que nunca. Ciudadanos, el partido que en ese momento todavía lidero, ha sufrido un importante descalabro: de cincuenta y siete diputados hemos pasado a diez, perdiendo por el camino de la repetición electoral más de la mitad de los votos.

Hace apenas una hora, en la reunión de la ejecutiva nacional, he comunicado a mis compañeros mi dimisión como presidente del partido. He convocado a los medios y todos quieren acompañarme en uno de los momentos más difíciles de mi vida política y personal hasta la sala de prensa, que está en la planta baja de la sede nacional. Estamos en la planta cuarta, que es donde se encuentran los despachos de los miembros de la ejecutiva. Todos se concentran ante la puerta del mío y, rodeándome, vamos hasta el ascensor. Bajamos en varios turnos y algunos lo hacen por la escalera. El contraste de emociones es brutal: la tristeza de una despedida después de casi trece años de lucha y la certeza de que estoy haciendo lo correcto. Quiero pronunciar un discurso desde el corazón y comprensible para todos. No solo dejo la presidencia de Ciudadanos, sino que también he decidido renunciar a mi escaño en el Congreso de los Diputados y retirarme de la política.

Hay tristeza en los rostros de mis compañeros, algunos lloran, pero intento animarles: les digo que la vida sigue y

que a partir de ahora deberán coger las riendas del partido. Llegamos a la planta baja. Queremos pasar todos juntos a la sala de prensa, que está llena a reventar. Avanzo por el pasillo que forman trabajadores, asesores y compañeros. La noticia de mi dimisión se ha filtrado a los medios de comunicación unos minutos antes, quizá a través de algún miembro de la ejecutiva —somos cincuenta personas y se trata de la noticia política del día y de la semana, como se vio después—, pero no me ha sorprendido: no es la primera vez que ocurre y me lo esperaba. Le he dicho a mi equipo de comunicación que prefiero subir solo al atril. Para bien o para mal, se trata de mi historia y, en gran medida, es una historia personal. Quiero contarles a todos los españoles por qué he decidido marcharme. Quiero que mi dimisión no sirva solo para poner fin a una etapa, sino, también, para asumir públicamente la responsabilidad de los malos resultados electorales. Y para ello necesito la máxima repercusión mediática, pero, al mismo tiempo, disponer de la intimidad que proporciona estar solo en un atril.

Entro sonriendo en la sala de prensa, pero, como luego pude comprobar en las imágenes, es una sonrisa triste que refleja un «hasta aquí hemos llegado, os llevaré siempre en el corazón». Cuando subo al atril, oigo los aplausos de los trabajadores, que están apoyados en las barandillas de las cinco plantas de la sede. En ese instante me vienen a la mente *flashes* de noches de gloria en las que, desde esas mismas barandillas, se han celebrado con brindis, aplausos y cánticos un buen número de éxitos electorales.

Ahora todo es diferente. Y, sin embargo, tengo la sensación de que nada es nuevo para mí, que ya lo había pensado, imaginado e incluso soñado. Desde que empecé en política, una de mis mayores preocupaciones fue saber marcharme a tiempo y, de hecho, así se lo hice saber a algunos compañeros: «Cuando intuya que me puedo convertir en un problema, me iré sin molestar». Esa era mi convicción. He visto a demasiados líderes políticos aferrarse al si-

llón o al escaño, y me prometí que nunca sería uno de ellos.

Llevo mi discurso en una carpeta. Lo he escrito, como siempre, «a mi manera». Como luego se vio en algunos medios de comunicación, tan solo es un esquema con algunos apuntes, con una letra indescifrable —soy abogado, pero mi caligrafía podría pasar por la de un médico—, que había escrito quince minutos antes en mi despacho, en seis o siete folios reciclados. Plasmé allí mis notas, aunque el contenido estaba meditado y digerido desde mucho tiempo atrás.

*Nunca estuve en política atornillado a un escaño. Cada vez que he entrado en el Congreso de los Diputados, he sentido orgullo, honor y responsabilidad ante lo que significa servir al pueblo español, ser un diputado que representa a los españoles.*

Sabía que no sería fácil pronunciar aquel discurso. Mis compañeros ignoraban que se trataba del último porque en la reunión de la ejecutiva preferí omitir que abandonaría el escaño y la vida política. Tan solo el secretario general, José Manuel Villegas, y tres o cuatro personas más conocían el alcance de lo que sucedería a continuación. Al fin y al cabo, mi decisión no era solo orgánica y política, sino también personal e irrevocable.

Temía, sobre todo, echarme a llorar, especialmente en el párrafo en el que hablaría de mi vida personal. Me veía capaz de explicar con serenidad la parte política, pero, como ya me había ocurrido en algún otro discurso, sabía que, en cuanto hiciera referencia a mi hija, a mis padres, a mi pareja o a mis amigos, podría derrumbarme. Soy una persona emocional, pero en demasiadas ocasiones tiendo a tapar esa cara con la más racional. Era del todo consciente de que tenía que cumplir y acabar aquella comparecencia sin

interrupciones, pero también debía aceptar que quizá en algún momento me vería obligado a parar por la emoción.

Precisamente ese mismo día, en mi casa, antes de ir a la sede del partido, mientras tomábamos un café a las ocho de la mañana, hablé de ese temor con Euprepio Padula, un asesor externo que colaboraba conmigo desde hacía unos meses. Le conté mi decisión y le pregunté qué debía hacer cuando llegara el momento de referirme a mi vida privada. Él me contestó: «Si ves que te vas a poner a llorar, para unos segundos, bebe agua y continúa». Porque en ningún caso estaba dispuesto a eludir esa parte de la historia, por qué había decidido marcharme, por qué decía adiós. Los ciudadanos que habían confiado en mí merecían esa explicación y yo necesitaba contarle para irme en paz.

Pronuncié las primeras palabras desde el atril y al instante me di cuenta de que me sentía más relajado de lo que imaginaba. Dirigiéndome a los medios, expliqué que iba a comunicarles tres noticias: dos de carácter político y una de carácter personal. Por experiencia sé que para mantener la atención de una audiencia es mucho mejor explicar con claridad al inicio, a modo de índice, lo que vas a contar. Y también que resultaría más atractivo dejar para el final la vertiente humana y más trascendente de mi decisión. De ese modo me aseguraba de que las televisiones y los radios emitirían en directo, de principio a fin, aquella dramática comparecencia. Era la mejor manera de que el mensaje llegase limpio y sin interpretaciones interesadas a todos los ciudadanos. Y así sucedió.

Expuse con serenidad y racionalidad la primera parte del discurso (mi dimisión como presidente de Ciudadanos), pero cuando llegó el momento de hablar de la renuncia a mi acta de diputado comenzaron a aflorar las emociones. Para mí, trabajar en el Congreso ha sido un honor cívico y patriótico. Nunca entendí el escaño como una nómina, sino como una vocación. Por eso, mientras verbalizaba esa idea, me fui dando cuenta de que no volvería a estar en el Hemi-

ciclo, que no volvería a vivir un discurso de investidura, una sesión de control o el debate de una ley. Y fue entonces cuando volvió a dibujarse en mi cara una sonrisa, una sonrisa de aceptación de alguien a quien le apasiona el parlamentarismo y que está a punto de renunciar a su pasión.

También fui consciente del poco tiempo que había pasado desde el momento en que recogí mi acta de diputado por primera vez en el Congreso, en enero de 2016. Ya no se trata de que la vida política española sea líquida, como afirmaba el pensador Zygmunt Bauman sobre la sociedad del siglo XXI, sino que ha empezado a ser directamente gaseosa. No habían pasado ni cuatro años desde que llegué al Congreso de los Diputados liderando un proyecto nacional que ha logrado entrar en los Gobiernos de varias comunidades autónomas, y que con cincuenta y siete diputados llegó a convertirse en la tercera fuerza política del país, prácticamente igual que el Partido Popular, que fue la segunda fuerza tras las elecciones del 28 de abril de 2019. Nadie puede negar que la política española actual se mueve a la velocidad de la luz, aunque cada vez parece más sombría.

No era el momento de hacer reproches ni de buscar culpables. Debía asumir la responsabilidad de lo sucedido sin entrar en valoraciones o análisis estratégicos. Estaba ahí, delante de los medios de comunicación, para decir, simplemente, que me marchaba y que hacía la máxima autocrítica posible: el adiós. Son demasiados los políticos que en momentos parecidos han optado por distribuir culpas entre los adversarios, la ley electoral, los medios de comunicación, el *establishment* económico, la abstención e incluso los propios votantes. Pero yo no quería subirme a ese carro; no estoy hecho de esa pasta, ni para lo bueno ni para lo malo. Siempre he creído que a la política se llega llorando de casa y que el liderazgo no se ejerce desde el victimismo, sino desde la ejemplaridad y la responsabilidad. Sí quise mencionar a un político que para mí es un líder y un referente,

Barack Obama, y recordé una frase que pronunció en 2017 aludiendo, aunque sin decir su nombre, a Donald Trump: «Si para ganar te dedicas a dividir a la gente, vas a tener un país ingobernable». La recordé porque, más allá del resultado obtenido por Ciudadanos, me preocupa el complejo escenario que ha quedado tras las elecciones del 10 de noviembre de 2019. Deseé suerte a los líderes que deberían hacer frente a la situación y felicité al Partido Socialista por su victoria. Antes que liberal y de Ciudadanos, soy demócrata y español.

Fue en el tercer bloque del discurso cuando comuniqué mi decisión de abandonar la política: es importante cerrar bien la última página de un capítulo de la vida para seguir la historia con buen pie y, como dice la canción de Kiko Veneno, es preferible que te echen de menos antes de que te echen de más. Debía marcharme porque en ningún caso podía ser un escollo ni para el partido ni para mí mismo. Me considero una persona libre y honrada, y he querido dejar la política de manera libre y honrada.

El discurso estaba resultando liberador. Hablé de mi hija, de mis padres, de mi pareja y de mis amigos, y lo hice porque era justo. No se trataba tanto de un homenaje como de un reconocimiento a mi entorno familiar, que ha tenido que soportar muchas cosas por culpa de mi carrera política. La verdadera patria la forman, además de tus compatriotas, las personas a las que quieres y que te quieren. Entonces me vinieron a la cabeza amigos con los que no he podido quedar por falta de tiempo, los fines de semana que no he pasado con mi hija, a quien en demasiadas ocasiones no he sabido explicar que no tenía tiempo porque volvía a estar en campaña electoral... También pensé en mis padres, en su preocupación, en las amenazas separatistas que han sufrido o en tantas semanas sin verme el pelo y siendo conscientes de la tensión a la que he estado sometido. Y pensé en Malú, mi pareja, que ha sido un apoyo fundamental y ha

demostrado una valentía enorme al poner el amor por encima de la crítica y los prejuicios.

Sin duda, la última parte del discurso estaba siendo la más difícil de abordar emocionalmente. Muchos de mis compañeros, con sus miradas de apoyo, me ayudaron a continuar. Sus aplausos destilaban nostalgia y los usé de válvula de escape para hacer pausas, respirar y mantenerme entero, un recurso que conocemos bien los que llevamos años pronunciando discursos ante todo tipo de auditorios. Algunos días después comprobé que la emoción que se instaló en aquella sala —vi a varios periodistas con lágrimas en los ojos— llegó también a los hogares de muchos ciudadanos, y fue un elemento común en todos los comentarios espontáneos que recibí después: «Lo vimos en casa y nos hiciste llorar». El corazón y la sinceridad son las armas más poderosas, aunque nada fáciles de usar en política, porque los actores principales nos vemos inmersos en la noria mediática, en la pelea simplista de los titulares y la inmediatez, y en el celo extremo que ponemos en las palabras que usamos. Seguramente hace falta menos calculadora y corsé para poder comunicar con más autenticidad y libertad.

«Hay vida más allá de la política», dije al final. Estoy totalmente convencido de ello, pero lo cierto es que en ese momento desconocía cómo sería. Por aquel entonces no sabía lo que me esperaba ni a lo que me iba a dedicar en los próximos años. Tomé una de las decisiones más importantes de mi vida guiándome por mis convicciones y en contra de la comodidad. Siempre he creído que nuestra existencia son instantes y etapas, que no hay que temerlos, sino vivirlos al cien por cien. Si no hubiera sido así, ni habría entrado en política ni vivido este apasionante camino de más de una década aprendiendo, soñando y compartiendo.